

El Edén de las Musas

Carmela Díaz



www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#ElEdenDeLasMusas

Colección: Tombooktu Romance

www.romance.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *El Edén de las Musas*

Autor: © Carmela Díaz

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2016 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-16692-03-3

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-16692-04-0

ISBN Digital: 978-84-16692-05-7

Fecha de publicación: Mayo 2016

Impreso en España

Imprime: Servicecom

Depósito legal: M-10140-2016

A mi familia

Índice



Parte I

Capítulo I	15
Capítulo II	25
Capítulo III	35
Capítulo IV	41
Capítulo V	47

Parte II

Capítulo VI	55
Capítulo VII	61
Capítulo VIII	73
Capítulo IX	77
Capítulo X	83
Capítulo XI	87
Capítulo XII	93
Capítulo XIII	99
Capítulo XIV	103
Capítulo XV	113
Capítulo XVI	119
Capítulo XVII	123

Parte III

Capítulo XVIII	137
Capítulo XIX	143
Capítulo XX	151
Capítulo XXI	159
Capítulo XXII	165
Capítulo XXIII	169
Capítulo XXIV	175

Parte IV

Capítulo XXV	191
Capítulo XXVI	197
Capítulo XXVII	207
Capítulo XXVIII	211
Capítulo XXIX	217
Capítulo XXX	235
Capítulo XXXI	239
Capítulo XXXII	247
Capítulo XXXIII	259
Capítulo XXXIV	267
Capítulo XXXV	273
Capítulo XXXVI	277

Parte V

Y entonces el cartero llamó a la puerta	285
Peregrinando en el tren de la esperanza	295
Orquídeas blancas para mi amor	305
Travesías clandestinas en la oscuridad	311
De mieles y ágaves	319
Epílogo. La felicidad era esto	329



Esta es la historia de una época que ya no existe. El acontecer de un tiempo que se esfumó para no volver. La rebeldía de una generación que apuró cada segundo como si fuese el último. La crónica de una década fascinante surgida tras el horror y la destrucción. El rugido de la vida después de la Gran Guerra. Las peripecias de una ciudad que fue capital de los excesos. El retrato de un paraíso coloreado en seda, lentejuelas, plumas, charol, camelias, encajes, guipur... El vuelo de almas perdidas huyendo de recuerdos atroces, sin más intención que devorar cada noche y empaparse de un nuevo amanecer. Las experiencias irrepetibles de señores canallas y damas efervescentes.

Esta es la gran aventura de una mujer de ascendencia española que llegó a conquistar el Hollywood naciente, reinó en las veladas de jazz y cabaré, coqueteó con el crimen organizado y se coronó emperatriz del Chicago de los años veinte del siglo pasado.

Esta es la historia de Valentina.

I
La Ciudad del Viento



I



Un naufragio y una huida. El océano reescribió nuestro destino y la Ciudad del Viento nos unió para siempre: Chicago. El destino de miles de emigrantes en los albores del siglo xx. La urbe en la que una otoñal noche de 1871, tras un verano ardiente y seco, se desató un sobrecogedor incendio que en dos días arrasó la ciudad. En aquella época la mayoría de las edificaciones eran de madera, lo que contribuyó a la rápida propagación del fuego y a la desaparición de la mayor parte de las construcciones de la ciudad. Fatídico acontecimiento que, lejos de provocar el caos y la ruina, activó el resurgir de la que se convirtió en la segunda ciudad más poblada de Estados Unidos, de apenas treinta mil habitantes en 1850, se rozaron los dos millones medio siglo después. Chicago pasó a ser un vínculo clave entre el este y el oeste del país, el núcleo estratégico del transporte fluvial, una fuente de abastecimiento y capital de la agricultura y de la industria.

También era una tierra de inagotables recursos naturales: agua, madera, minas de hierro, carbón, grava, arcilla, piedra... Materias primas que impulsaron la construcción, el ferrocarril, las siderúrgicas, las fábricas de cemento, de muebles y de papel. La invención del elevador modificó la silueta y el urbanismo de la ciudad con la aparición de los rascacielos.

Con semejante actividad industrial y desarrollo económico, faltaban manos para atender tanta demanda. Ni Chicago ni el estado de Illinois contaban con suficiente población. Eso fue lo que propició

unas intensas corrientes de inmigración. Procedían de todas partes del mundo. Muchos europeos —alemanes, irlandeses, finlandeses, italianos, griegos, polacos, suecos, rusos—, pero también africanos y oriundos de todos los rincones del continente americano. Y llegados a este punto es donde comienza mi intervención en esta historia épica.

Soy John Juárez y nací en el año 1905 en una diminuta aldea del centro de México. Nunca llegué a conocer a mi madre: murió en el parto al darme a luz, trauma que me ha perseguido durante toda mi vida. Me considero el culpable de la muerte de la mujer gracias a la cual existo. Una congoja difícil de sobrellevar. Una pesada carga durante la infancia. Tampoco tengo hermanos: yo fui el único fruto del matrimonio de mis padres.

Él no volvió a casarse; volcó en mi persona todo el cariño que guardaba dentro, que era mucho. Se dedicaba a las tareas del campo y no contaba con más aspiración que aquella. Hasta que yo empecé a cumplir años. Entonces determinó que su hijo merecía un futuro lleno de oportunidades y que la tierra que nos había visto nacer a todas las generaciones precedentes de Juárez no estaba en condiciones de proporcionármelas.

Sin más preámbulos ni dramas, un día cualquiera de 1916 agarramos el petate con las escasas pertenencias con las que contábamos y marchamos rumbo al norte. A nuestro entorno llegaban continuas noticias acerca de que en el país vecino se necesitaba mano de obra, que pagaban un buen jornal y que las ciudades emergentes ofrecían incontables oportunidades en comparación con nuestras remotas aldeas: pobres y rurales, ancladas en un pasado del que los lugareños no querían —o no sabían— desprenderse. Puestos a utilizar las manos como sustento vital, lo mismo daba mancharlas cultivando y arando nuestros terruños que maltratarlas golpeando metales y acero.

Los estadounidenses parecían unos tipos sabios y organizados. Esa es la primera impresión que albergo en mi memoria sobre los que serían mis compatriotas durante más de una década. Y es que según ibas acercándote a la frontera topabas con puntos de enganche ideados por los contratistas. Los principales estaban en Kansas City, El Paso y San Antonio de Texas. Desde allí distribuían a los trabajadores mexicanos a través de la vasta geografía estadounidense.

Por entonces, existían dos modalidades de enganche: patronos que se hacían con los servicios de trabajadores solitarios, y otros que contrataban familias enteras ofreciéndoles vivienda, carbón, estufa e incluso una pequeña porción de tierra para cultivar. Esa fue la opción elegida por mi padre.

Con respecto al destino final, a mí tanto me daba uno que otro, pero él seleccionó una localización lo más alejada posible de lo que hasta entonces constituyó nuestro hogar.

—Decididos a comenzar de nuevo rompiendo con todo lo anterior, cuanto más lejos, mejor, m'hijo.

Y así fue como nos acomodaron en uno de los trenes rumbo a Chicago, sin duda, uno de los destinos geográficamente más alejado y bien dispar a nuestro México natal. A nuestro origen.

El viaje resultó lento, incómodo y caluroso. El cansancio y las calamidades pudieron más que la expectación infantil de subir a un tren por primera vez y apenas recuerdo gran cosa, salvo la sensación de sed permanente, un polvo pegajoso cosquilleando mi rostro como las patitas de una araña y docenas de latosas moscas y abejorros zumbando alrededor. Sin embargo, sí guardo en la memoria la llegada a la que sería la ciudad de mis desvelos durante largo tiempo. El lugar donde me haría un hombre, donde sufriría —con más penar del que un mortal corriente puede tolerar—, pelearía, me enamoraría y en el que llegaría a convertirme casi en un héroe. Pero para eso todavía faltaban muchos años. Y muchas lágrimas.

Supongo que Chicago me impresionó sobremanera, tanto como lo podían haber hecho Nueva York o Miami. Se trataba de mi primer contacto con el mundo urbano. Cualquier entorno con interminables avenidas, asfalto en vez de piedras, vehículos a motor, altas edificaciones, lustrosos comercios, animados cafés, restaurantes lujosos, terrazas de toldos vistosos y un frenético ir y venir de seres humanos, me hubiese impactado de igual modo. Al fin y al cabo, yo procedía de una aldea con unas pocas viviendas desordenadas con los techos de paja, sin luz eléctrica ni agua corriente, ubicada en el corazón de ninguna parte, cuya organización giraba alrededor de la agricultura y la ganadería más rudimentarias. Me enfrenté a otro mundo en apenas una semana. Pero he de confesar que lejos de incomodarme, me gustaba lo que mis ojos descubrían. ¡Y de qué manera!

Mi padre había sido contratado, como tantos otros mexicanos, para trabajar en la construcción y en la reparación de las vías del ferrocarril: arreglar las máquinas, mantener los equipos, reparar los vagones... La faena era dura, requería de gran esfuerzo físico y él finalizaba exhausto cada día, pero aquello suponía un trabajo estable y nos proporcionaba un jornal semanal. Apenas daba para comer y contar con un techo bajo el que dormir, pero teniendo en cuenta nuestra procedencia y que no conocíamos otra cosa, para ambos era más que suficiente.

Existían otras opciones de contratas, como el cuidado en granjas de cerdos o el trabajo en fábricas a lo largo del extenso corredor industrial relacionado con la minería, la explotación forestal o los bancos de materiales que se estaban desarrollando al sur de la ciudad, pero él estaba satisfecho con permanecer en el centro y allí nos quedamos.

—M'hijo, ya tuvimos suficiente campo y bichos de cuatro patas en nuestra anterior vida —me decía con voz grave y esa media sonrisa con la que siempre lograba convencerme a través de sus argumentos de adulto—. Formemos parte del progreso.

En los inicios del siglo xx, Chicago se convirtió en uno de los centros ferrocarrileros más importantes de Estados Unidos. Por allí pasaban las principales compañías de la época: Baltimore-Chicago, Belt, Burlington, Chicago-Milwaukee, Rock Island, entre otras muchas. Las cuadrillas de trabajadores estaban dirigidas por un capataz y, en muchas ocasiones, se organizaban por nacionalidades. Mi papá se incorporó a una de mexicanos, lo que le resultó muy práctico sobre todo por el idioma.

Aquella fue mi primera gran dificultad en ese incierto porvenir recién estrenado. No el hecho de dejar todo atrás, ni cambiar de país, ni siquiera el adaptarme de un ambiente rural a uno urbano, pero sí aprender inglés. Tardé algunos meses en balbucear algunas frases con sentido y en hacerme entender. Me costó esfuerzo, coraje y lágrimas: el español es tan diferente al idioma inglés... Tras aquella primera etapa de manifiesta incomunicación, todo fue rodado en el ámbito lingüístico, un niño de once años absorbe mejor ese tipo de aprendizaje que un hombre crecido. Al tercer o cuarto año desde mi llegada a Estados Unidos, se podría decir que era bilingüe. Una aptitud que sería crucial en el devenir de mi convulso futuro.

Vivíamos en el vecindario de Hull House, el más cercano a la red ferroviaria. Unas décadas atrás un tal Charles J. Hull proyectó una colonia residencial en la zona oeste de Chicago, donde también construyó su enorme mansión. Sin embargo, a finales del siglo XIX aquel proyecto había degenerado en una sobrepoblada, densa y empobrecida colonia de inmigrantes provenientes tanto de Europa como de México. Y así permaneció en el inicio del nuevo siglo, justo cuando nosotros nos establecimos.

Este enclave fue durante muchas décadas el primer espacio de los inmigrantes en los Estados Unidos. Como es lógico, los recién llegados eran los que menos recursos tenían, por lo que terminaban recluidos en las localizaciones más lúgubres, hacinados en espacios insalubres, en cuartos con escasa o nula ventilación y en sótanos oscuros. Se trataba de los habitáculos que menos parré costaban y, por tanto, los únicos que podían permitirse en el inicio.

Nosotros conseguimos un cuarto que no era de los peores, aunque a un entorno semejante resultaba imposible denominarlo hogar. Se encontraba al final del corredor de una de las edificaciones más alejadas. Con sus seis metros cuadrados apenas daba para extender dos colchones, colocar un hornillo y depositar nuestras escasas pertenencias. Pero contaba con una diminuta ventana; ese insignificante detalle, apenas un retazo de realidad luminosa, en Hull House, podía ser catalogado como un lujo.

El vecindario solía encontrarse atestado de ratas y apenas recogían la basura. Pero éramos conscientes de que los primeros meses de nuestra estancia en los Estados Unidos de América constituirían un ejercicio de pura supervivencia, por lo que no nos supuso un gran trauma. Teníamos la intención de mudarnos en cuanto mi padre hubiese ahorrado algo de dinero. Habíamos calculado que nos tocaría aguantar alojados en aquel tugurio aproximadamente un año.

Pero no todo eran calamidades y pesares por allí. Compartíamos espacio con familias de todas las nacionalidades y nos agrupábamos según nuestro país de origen. La calle Maxwell constituía el centro del barrio judío; los griegos se reunían en la diagonal de Blue Island; los italianos ocupaban la zona entre el río y Halsted; los alemanes vivían en la calle 12 St. y los polacos lo ocupaban todo; siempre brujuleando por allá y por acá. Se trataba de uno de los grupos más numerosos y conflictivos.

Los mexicanos nos hicimos con el triángulo que formaban las calles de West Cermack, Canal y Blue Island. En el área de South Halsted se levantó lo que fue denominado como Mexican Boulevard, el corazón de nuestro barrio. Allí se encontraban tiendas, colmados, bares, billares y cantinas típicas que recreaban un puro homenaje a nuestra cultura. Espacios humildes, pero que conservaban la esencia genuina de nuestras raíces. Resultaba muy agradable pasear por allí al caer la tarde escuchando hablar español de toda boca, mientras algunos se arrancaban a tararear las melodías más populares del folclore mexicano.

Una de aquellas tardes conocimos a la señora Marcela. Era una rotunda mamá de Guanajuato, con enormes pechos y anchas caderas, pero con una perenne y cálida sonrisa. Sus rasgos eran muy raciales, de los que los estadounidenses calificaban como indios. Mi padre y yo, por el contrario, teníamos una tez más clara y nos denominaban latinos.

El marido de Marcela trabajaba en una metalúrgica —desde el año 1870 el área industrial del sur de Chicago fue líder mundial en la producción de acero, hierro y sus derivados— y ella, mientras tanto, quedaba al cuidado de sus cuatro hijos de corta edad. Fueron de los primeros en llegar, llevaban más de tres años en Hull House cuando nosotros hicimos acto de presencia.

La oronda compatriota se encargaba a primera hora del día, un par de veces por semana, de enseñar nociones básicas a los chiquillos de la colonia que lo deseasen. Leer, escribir, sumar y restar en español, y los vocablos y expresiones indispensables para comunicarse en inglés. Ella invitó a mi padre a que me sumase al grupo.

—Deje que el chiquillo venga conmigo por las mañanas; apenas si sé leer y escribir, pero siempre son mejores unas letras y unos números para la cabeza de un niño que holgazanear y perder el tiempo por este suburbio. ¿No le parece?

Mi padre estuvo de acuerdo y aceptó gustoso la invitación. Yo todavía era un crío, en pocas semanas alcanzaría la edad de doce años, pero tenía previsto comenzar a trabajar en el ferrocarril en cuanto mi cuerpo iniciase el desarrollo físico que pone fin a la infancia y da paso a la pubertad. Al tratarse de labores que requerían de resistencia física para ser llevadas a cabo, mis enclenques brazos y cluecas piernas no hubiesen aguantado ni un mísero día faenando sobre las vías.

La señora Marcela, que rebosaba instinto maternal por los cuatro costados, me cogió cariño desde el primer instante. Supongo que el hecho de que yo fuese huérfano de madre desde mi nacimiento provocó en ella una corriente de simpatía y ternura hacia mí más acusada que con los otros chavales que la frecuentaban.

Aunque absolutamente rudimentarias, sus «clases» a mí de algo me sirvieron. Conocía las letras, pero apenas había escrito un puñado de frases en mi aldea natal. Sus enseñanzas me ayudaron a desoxidar los intrínquilos de la concatenación de palabras. Métodos que ya nunca olvidé. Su paciencia conmigo respecto a las nociones básicas de inglés, culminó con el paso de las semanas en una comprensión precaria —pero útil— de la lengua del país que nos acogía.

—John, además de un niño requeteguapo, cuando crezcas las muchachas suspirarán por ti, eres muy avisado y sensible —solía decirme—. Y cuentas con una cualidad de la que carece la mayoría de la muchachería a tu edad: la disciplina. —Yo no comprendía muy bien en qué consistía aquella cualidad que la señora Marcela me atribuía, pero me gustaba escucharlo.

Conocedora de la ausencia de una figura femenina en nuestra familia y en un exceso de generosidad por su parte, a veces nos acercaba un pequeño cuenco de rancho o de sopa aguada, pero bien caliente. Aquellos mejunjes nos reanimaban hasta las entrañas en el gélido invierno de Illinois. En su hogar no sobraba de nada, más al contrario, carecían de casi todo por contar con seis bocas a las que alimentar. Es por ello que mi padre y yo agradecíamos de corazón aquellas tres o cuatro cucharadas de más que Marcela nos regalaba.

Y así fueron pasando los meses desde nuestra llegada. Monótonos, sin sobresaltos, con gran esfuerzo para mi viejo y algo de aprendizaje básico para mí, mientras se iba aproximando el momento de mi incorporación como jornalero. ¡Pero qué poco faltaba para que mi existencia diese un giro radical!

Transcurrido un año y medio desde nuestra llegada, mi padre había acumulado unos ahorros. Se trataba de una miseria, pero una miseria que nos permitiría alquilar un cuarto en un edificio colindante al centro de la ciudad, pequeño, aunque más apropiado que aquel agujero insalubre de Hull House. Tanto por la ubicación como por las propias características del edificio. Nos encontrábamos muy

ilusionados por el cambio, sobre todo él, que no paraba de repetirme:

—Mi John, estoy muy contento porque vas a formar parte de una gran ciudad americana desde el centro, desde el meollo... Y no desde una colonia de inmigrantes en los arrabales.

Ambos teníamos claro que lo único que echaríamos en falta de Hull House serían los mimos y cuidados de doña Marcela y la convivencia con sus hijos, aunque yo seguiría acudiendo regularmente a sus sesiones educativas. Además, también nos dejaríamos caer por allí de vez en cuando, en alguno de los pocos días libres de los que mi padre disponía. Se trataba de una promesa de las que sí deseas cumplir.

Y en estas, un viernes al anochecer, portando cada uno sobre el hombro un hatillo ligero con las pocas pertenencias de las que disponíamos, partimos hacia el centro de Chicago en busca de un acomodo mejor. Maldito el día y maldita la hora.

Ya de noche cerrada, tras un buen rato callejeando —estábamos seguros de encontrarnos en la zona en la que se ubicaba nuestro nuevo cuarto, pero mi padre no daba con el edificio exacto—, nos salieron al paso tres borrachos. En cuanto descubrieron unos hatillos entre las manos de un pobre hombre achaparrado y un niño debilucho, se miraron cómplices como diciendo «blanco fácil».

—Eh, tú, danos lo que llevas sobre el hombro —espetó uno de ellos, el más corpulento, con voz pastosa. Por su acento averigüé que se trataba de polacos.

—No, señor, es lo único que tenemos. ¿Le parece bien quitar sus pertenencias a un adolescente?

—Papá, dáselo y vámonos. —Intenté hacer entrar en razón a mi padre. En la colonia los polacos tenían fama de ser los más pendencieros.

—Haga caso a su hijo, que parece más listo que usted. Vamos, los bultos.

Mi padre agarró con fuerza mi mano e intentó echar a correr, pero el borracho más joven le alcanzó en apenas dos zancadas.

—Mira, Ted, si hemos topado con un gallito. Enseña a este cretino lo que un gallo de verdad hace con los que se pasan de listos.

El joven propinó un golpe a mi padre en el estómago que le hizo doblarse de dolor. Como se aferraba al hatillo y no cedía, otro de los borrachos se acercó y le golpeó la cara sin compasión.

Yo comencé a llorar mientras gritaba:

—Dáselo, papá, vámonos. ¡Eh, oiga, señor! Tome el mío, pero deje a mi padre.

—Ted, vete a por el crío y recoge lo que te ofrece.

Cuando mi malherido padre escuchó lo de «vete a por el crío» cometió el mayor error de su vida, sin duda con el ánimo de protegerme. Metió la mano en el bolsillo y ofreció uno de los billetes destinados al pago del nuevo cuarto a aquellos delincuentes.

—Tome, tome, quédese con este dinero y deje a mi hijo en paz —gemía mi padre desde el suelo.

Aquello fue su perdición. En cuanto vieron el papel, la codicia humana unida a los efectos del alcohol y a unas almas desalmadas, hicieron el resto.

—¡Mira! Si resulta que este sucio mexicano esconde plata. ¡Hoy es nuestro día de suerte!

Dos de los hombres se acercaron a mi padre para hurgar en sus bolsillos mientras él peleaba por evitarlo. Tras unas cuantas patadas y puntapiés que le dejaron ensangrentada la cara, el polaco más corpulento se impacientó por la resistencia de mi padre y sacó una navaja.

Yo no dejaba de gritar e incluso propiné una inofensiva patada al que los otros llamaban Ted. Este se dio la vuelta y me arreó un guantazo que me tiró al suelo. Al caer me golpeé fuertemente contra el suelo y quedé atontado durante varios minutos. No podía moverme y tan sólo escuchaba más golpes, carreras y voces lejanas.

Cuando fui capaz de incorporarme —algo aturullado aún— lo que vi me heló el alma. En medio de un gran charco de sangre yacía mi padre al que habían asestado, al menos, dos puñaladas mortales: una en el bajo vientre y otra cercana al corazón. De nuestro dinero y escasas pertenencias, ni rastro.

Lloré durante horas aferrado al cadáver —cada vez más frío y rígido— de mi difunto padre. Cuando los primeros rayos de un sol enlutado reanimaron mi conciencia, un sólo pensamiento —formulado en voz alta— se adueñó de mi aturdida y confusa cabeza.

—De mayor me dedicaré a perseguir a los malos.

II



Fue un mazazo brutal. Despiadado. Inhumano. Apenas había cumplido los trece años. Ningún niño debería padecer el terrorífico trance de presenciar como su papá es brutalmente apaleado, acuchillado y asesinado por unas hienas carroñeras. Por un puñado de dólares.

A la pérdida irreparable de un padre para cualquier crío, en mi caso se sumaba el quedar fulminada mi trayectoria vital tal y como la conocía. Nunca tuve madre y como él jamás tomó nueva esposa ni engendró más vástagos, durante mi corta existencia ambos fuimos uno. Mi padre vivió por y para mí. Y yo veía en él un comienzo y un final, el origen y la meta, mi refugio y pilar. Eso desde la perspectiva emocional; desde el ámbito terrenal mi situación tornaba a insostenible: me quedaba tirado en la maldita calle sin tan siquiera un mendrugo de pan que llevarme a la boca.

Acabábamos de dejar nuestro cuartucho de Hull House, allí ya no había sitio para mí. El poco dinero ahorrado —destinado íntegramente al pago del alquiler del nuevo espacio en un edificio céntrico— se lo habían llevado los asesinos de mi padre. Eso significaba que tampoco podía ocupar el lugar al que nos dirigíamos cuando aconteció la desgracia.

Acudí a la cuadrilla donde mi difunto padre desempeñaba sus tareas para ofrecerme a faenar en cualquier cosa que me proporcionase unas monedas al final de la semana, una fuente de ingresos por ínfima que fuese. Un sustento.

Las labores en el ferrocarril requerían anatomía de adulto, un mínimo de corpulencia física de la que yo carecía por completo. Me rechazaron sin contemplaciones.

—Zagal, vuelve a visitarnos dentro de un par de años, cuando tengas pelos en las bolas, nuez en la garganta y voz de puro macho. Ahorita mismo tan sólo serías un estorbo.

Sin embargo, el capataz de aquel tinglado —que tenía en alta estima a mi padre por su buen hacer y su ilimitada capacidad de trabajo— se apiadó de un pobre desgraciado como yo —todo lo que un hombre déspota, rudo y carente de sensibilidad alguna puede apiadarse— ofreciéndome agua para saciar mi sed y entregándome las monedas que le correspondían a mi padre por la media semana trabajada antes de su asesinato. Eso me proporcionaría alimentos durante unos pocos días. A partir de entonces mi futuro no existía. El negro más absoluto teñía mi porvenir. A la tristeza le gusta el sabor amargo.

Vagué a través de céntricas calles, absorto por las llamativas luces que brillaban anunciando espectáculos y diversión, impresionado por el aspecto elegante de los portales, de los establecimientos comerciales y de los locales de ocio que abundan en el corazón de Chicago, epatado por los abrigos de tweed y terciopelo, por los zapatos de charol, por la plumas y tocados de las damas o por los impecables trajes a medida de cuantos caballeros se iban cruzando en mi camino. ¡Cuán diferentes a las viviendas y vestimentas de los humildes moradores de Hull House!

Me sentía un miserable al lado de aquellas personas que parecían de otro mundo que nada tenía que ver con el que yo conocía. Deambulé de aquí para allá, de allá para acá, hasta que la oscuridad gobernó la ciudad. Entonces, los paseos tranquilos al atardecer y los modos refinados de las parejas se habían convertido en risas y alboroto de los grupos que se dirigían a los cabarés, music-halls y clubes nocturnos. El ambiente se impregnaba de jaleo, jarana, bullicio, vida...

Pero yo debía encontrar sin demora alguna un lugar resguardado para intentar dormir. La noche se me había echado encima y el agotamiento se adueñó de mi debilitado cuerpo y mi maltrazo ánimo. Caí en la cuenta de que me había convertido en un pobre huérfano.

Me alejé tres o cuatro calles de la arteria principal; allí el ruido era ensordecedor y el vaivén de almas en busca de bulla, interminable. Andaba arrastrando los pies a la caza de algún portal, recodo o esquina donde acurrucarme para echar una cabezada, cuando un extraño ruidito captó mi atención. Al principio supuse que se trataba de una rata, un gato o algún otro bicho urbano. Pero conforme me acercaba al origen del sonido lastimero, se iba asemejando más al sollozo de un bebé que al grito chillón de algún roedor de cloaca. Entonces bajé la vista y la vi.

Cuando ocurre desconoces que estás viviendo un instante trascendental. De los que cambian el rumbo de una existencia. Ignoras por completo que te estás enfrentando a tu destino. Valentina. El eje sobre el que girarían los próximos años de mi vida. Una ilusión entre las sombras. La cosa más bonita que había observado jamás. ¿Pero qué hacía un ser tan frágil y hermoso allí, solo en la oscuridad, abandonado, expuesto al peligro de los malignos que se adueñan de los indómitos rincones de la noche chicagüense?

Calculé a golpe de vista que aquella chiquilla tendría más o menos mi edad. Me acerqué despacio para no asustarla. Sus sollozos me acongojaban casi tanto como su aspecto. Era preciosa. Tan guapa que parecía que se iba a romper. Una cara redonda, con unos rasgos perfectos y un cutis tan blanco que parecía irreal: casi translucido. Sus labios eran gruesos y sonrosados como una ciruela madura. Una cascada de rizos negros caía en bucles perfectos hasta casi alcanzar su cintura. Caminé sigiloso hasta situarme frente a ella.

—Hola —fue lo único que atiné a decir mientras no podía dejar de recrearme con el porte de una criatura tan extraordinaria.

Ella levantó lentamente la cabeza hacia mí y a pesar de la hinchazón provocada por el llanto, descubrí unos ojos rasgados, con forma de almendra y una mirada tan intensa como negro era su iris. Me sentí acariciado por esa mirada. No hablé. No se movía. Tan sólo me observaba con asombro, pero parecía tranquila. Era obvio que la presencia de un niño delgado y hambriento no suponía una amenaza para ella. Mantuvimos nuestros ojos enfrentados durante varios minutos, inmóviles, expectantes, hasta que transcurrido un tiempo que consideré prudencial, me agaché para sentarme a su lado. Ella se hizo a un lado para dejarme un hueco.

—Me llamo John.

Pude observar que ella abrió esos ojos portentosos, mucho, muchísimo, para después asentir con la cabeza, sin más. Caí en la cuenta de que en la colonia de mexicanos de la que yo procedía todos hablábamos en español, pero ahora me encontraba en pleno Chicago. Volví a intentarlo.

—My name is John.

Los muchos meses asistiendo a las clases informales de la buena de doña Marcela, la convivencia con personas de diversas nacionalidades en Hull House y grandes dosis de esfuerzo, paciencia y atención por mi parte dieron sus frutos. Consiguieron que a estas alturas fuese capaz de comunicarme en inglés, aunque todavía distaba mucho de dominar el idioma. Pero, al menos, ya podía hacerme entender. Todo un triunfo, debido a mis durísimos inicios con el aprendizaje de una lengua extranjera.

Tras el *my name is John* ella tampoco se inmutó, aunque parecía estar tranquila a mi lado. Mi compañía no le desagradaba y a mí la suya me fascinaba. Transcurrido un rato en completo silencio recordé que llevaba pan en los bolsillos. Lo saqué, lo partí en dos y le ofrecí un buen pedazo. Lo agarró con fuerza, devorándolo en apenas cinco segundos. Me quedó claro que estaba muerta de hambre. Sin embargo, su aspecto distaba mucho del que se presupone para una mendiga, vagabunda o necesitada. Su calzado, a pesar del polvo, era de calidad. Vestía un abrigo de gruesa lana en tonos azules debajo del cual se intuía un vestido blanco con encajes y lazos, a juego con el color del abrigo. Complementaba su exquisito atuendo una coqueta bufanda y un medallón que colgaba del cuello. Una joya que debía costar una fortuna y que era una temeridad mantener expuesta de aquella manera a los ojos de los malvados. A la atrocidad cometida con mi padre me remitía.

La alhaja era de oro. En el centro de la cadena se suspendía la joya, salpicada con pequeñas gemas fantasía del que pendía un pectoral geométrico, decorado con figuras vegetales en martelé, repujadas, matizadas y cinceladas, todo ello repleto de piedras preciosas en color rojo, verde, turquesa y pequeñas bolitas de cuarzo blanco con acabado mate y brillante emulando la silueta de una flor. Del medallón principal colgaban dos formas geométricas adicionales decoradas con más alhajas que desprendían

destellos hacia todas las direcciones. Se trataba del objeto más hermoso que yo jamás había contemplado hasta la fecha.

—Deberías guardar esa medalla bajo tus ropas. Hay personas que matan por poseer cosas así. Nunca la exhibas por las calles de Chicago.

Extendí mi mano muy despacio para evitar el sobresalto de la niña, tomé el pesado medallón entre mis dedos y lo deslicé en un rápido movimiento por debajo del canesú de su vestido con el fin de ocultarlo a la codicia ajena.

El leve y efímero roce de uno de mis dedos con la piel de su cuello me estremeció de un modo desconocido para mí. Ella se limitó a mirarme, sorprendida, pero intuí agradecimiento en la expresión de su mirada.

Y así permaneció ella durante días. Cobijada en un mutismo perpetuo. Cual guardiana de los silencios. Mirándome con simpatía, agradecida por mi presencia constante a su lado, aunque sin articular un insignificante sonido. Llegué a sospechar que era muda por lo que no forcé la situación con las palabras. Hasta que un día, porque sí, sin razón aparente y sin que aconteciese suceso extraordinario alguno, pronunció las palabras mágicas.

—Soy Valentina.

Su voz sonaba dulce, almibarada, melosa, frágil. Acorde al resto de su etérea presencia. Aquella chiquilla como caída del cielo para iluminar mi infierno particular, no sólo era elegante en su físico, sino también en su aspecto, hasta en el timbre de esa voz que acababa de escuchar por primera vez; y en sus modales, en la forma de moverse, de caminar, de actuar... El conjunto de su presencia pasaba por armonioso, sutil, embaucador. Llevaba varios días conviviendo con ella en las calles, observando a Valentina, y nada en su aspecto y proceder encajaba con la penosa situación en la que ambos nos encontrábamos.

Valentina, nunca antes conocí a nadie con idéntico nombre. VA-LEN-TI-NA. Ni siquiera lo había escuchado. Pero resultaba una melodiosa manera de ser nombrada y a mi casual acompañante le venía como anillo al dedo. Una criatura tan extraordinaria merecía un nombre con personalidad.

Me contó su historia. Tras casi una semana de silencio absoluto por su parte, transcurrió un período de tiempo, que yo calculé mentalmente como más de una hora, sin que ella parase de hablar.

Ni siquiera sé si conversaba conmigo o para sí misma, puesto que mantenía la vista fija y circunspecta en algún punto lejano, más allá de mi estampa. Su relato fue desvelado sin pausa alguna. Del tirón. Con decisión. Parecía que se estaba desahogando tras un lapso vagando entre las sombras, tras padecer un terrible shock. Me confesó que tenía trece años —como yo, no había errado en mis cálculos, pues— y que era española.

—¿Española? —pregunté sorprendido; y es que hasta la fecha jamás había escuchado esa palabra, al igual que el nombre de Valentina.

—Sí, española de España, mi país.

—Ah, un país. ¿Y eso dónde está?

—En Europa.

—Europa —repetí mecánicamente, ignorante y desorientado.

—Muy lejos, al otro lado del océano. A muchos días y muchas noches de viaje en barco.

«Yo nunca he visto el mar ni viajé en barco...», cavilé mientras me revelaba su origen. La primera vez que vi el lago Michigan me embargó la emoción. Tan inmenso, tan grandioso, tan misterioso en su profundidad... A pesar de su magnitud todos me decían que se trataba de una concentración de agua diminuta en comparación con los mares y océanos. Y me hablaban de las olas, de su fuerza, su compás, de la simbiosis entre el líquido salino con su espuma blanca y del contraste de sus infinitas tonalidades de azul: turquesa, esmeralda, ciruelo, índigo, cobalto, marino...

Algún día esperaba cruzar alguno de esos mares y océanos o, al menos, sentarme frente a él para contemplar su bendita hermosura mientras me sentía acompañado por su presencia. Y también anhelaba disfrutar frente al agua de una puesta de sol que todo de rosáceos, anaranjados y dorados lo tiñe.

Valentina me reveló que no tenía hermanos y que viajaba con sus padres y su abuela para trasladarse a vivir a Chicago durante una larga temporada. Su progenitor era un reputado hombre de negocios, ávido por conocer de primera mano las nuevas técnicas de la industria metalúrgica que se estaban desarrollando en la zona para luego exportarlas al norte de su país, que contaba con fuentes similares de recursos naturales. Terminó por confesarme que a unas pocas millas del puerto de Nueva York, lugar donde

tenían previsto desembarcar, se desencadenó una feroz tormenta que provocó el naufragio de su embarcación.

A ella y a su abuela —niña y anciana— las metieron en uno de los primeros botes salvavidas lanzados al agua y fueron rescatadas en cuanto llegaron los equipos de salvamento desde la costa. Desde entonces no supieron nada de sus padres, las autoridades de Nueva York los dieron por desaparecidos junto con unas decenas de pasajeros más.

Aguardaron durante días con congoja e incertidumbre alguna noticia suya en aquella gran ciudad, pero con el transcurso del tiempo, tras la falta de noticias, habiendo perdido todas sus pertenencias y careciendo de un alojamiento a la altura, su abuela decidió trasladarse a la mansión que habían alquilado en Chicago y esperarlos allí.

—Aparecerán. Tus padres aparecerán tarde o temprano. Habrán sido recogidos por otro barco, o estarán en algún hospital, o puede que se hallen heridos sin recuperar la consciencia... —La vana esperanza a la que siempre se aferran los que son incapaces de asimilar un trágico destino para sus seres queridos—. En esta caótica ciudad desconocida, ellos no sabrán dónde encontrarnos cuando sanen, y nosotras no podemos permanecer más días en estas condiciones, dependiendo de la caridad ajena, pero en paupérrimas circunstancias. Dirijámonos a nuestro destino final: Chicago. En cuanto ellos se recuperen o aparezcan, que lo harán, estoy segura de que se van a dirigir al punto donde teníamos previsto establecernos. Además, dejaré notificaciones de nuestra partida a la policía.

Aquel razonamiento, posiblemente muy válido si los padres de Valentina hubiesen sobrevivido, se convirtió en una amarga condena. Las autoridades perdieron el rastro de las dos mujeres al subir a aquel tren. Al poco tiempo a Valentina se la dio por desaparecida. Además, su abuela no llegó viva a Chicago, algo que supuso una fatalidad adicional para la niña: desaparecida ante los ojos oficiales y huérfana de toda su familia ante los suyos.

Aunque el equipo de salvamento fue rápido, transcurrieron más de cuatro horas durante las cuales los náufragos permanecieron a la intemperie en el meollo de una desapacible noche de tormenta en medio del Atlántico. Empapadas, soportando bajas temperaturas, la frágil salud de una anciana de más de setenta años

sobrevivió al hundimiento, sí, pero no a las secuelas de la climatología adversa. Con fiebres y pulmonía desde que desembarcaron en Nueva York, cada día transcurrido en la Gran Manzana su tos se agudizaba y su salud empeoró. Pocas horas antes de la partida del tren que las desplazaría hasta Chicago y en el que se perdió la pista de Valentina para las autoridades neoyorquinas, la abuela murió.

Antes de fallecer aún tuvo tiempo de convencer a Valentina para que viajase a Chicago, de entregarle el billete de tren y de despojarse de un pesado medallón para depositarlo en la mano derecha de su adorada nieta, cerrando su puño después.

—Esto te ayudará cuando llegues a tu destino, la gran Ciudad del Viento. Véndelo. Cuesta mucho dinero. Muchísimo. Te pagará el billete de regreso a España si no das enseguida con mi querido hijo y con su esposa, tu mamá. Pero ellos aparecerán. Tarde o temprano vosotros os encontraréis y la familia se reunirá de nuevo, mi amor.

—Yo cuidaré del medallón, abuela, claro que sí. Pesa mucho para tu cuello y estás débil, yo soportaré la carga, pero tú vendrás conmigo a Chicago. ¿Abuela? ¿Abuelaaa? —Silencio aterrador y llanto desgarrado.

*

Y así es como Valentina se encontró con Chicago. Y Chicago con Valentina. Años después la fusión entre ambos sería hiperbólica, ciclogénica, polimórfica y explosiva. Dinamita pura.

Pero el primer acto no pudo ser más aterrador. Una niña extranjera de apenas trece años, completamente sola, ingenua e ignorante, con porte y modales aristocráticos, pero sin blanca en los bolsillos, sin dirección alguna a la que dirigirse —ella desconocía la ubicación de la que iba a ser la residencia familiar en Illinois—, pisando el andén de la Gran Central Station.

Huérfana —como yo—, con una tragedia familiar a sus espaldas —ambos la habíamos padecido—, con trece años recién cumplidos —mi edad—, una maleta llena de fruslerías de poca utilidad y un valioso medallón de oro y piedras preciosas balanceándose alrededor de su cuello. El que terminaría por convertirse en el talismán de una diva y en el emblema del legendario Edén de las Musas.

Aunque para ello todavía restaban unos cuantos años, calamidades, dolor, frustraciones, aventuras, desventuras, separaciones, jazz, alcohol, protagonistas invitados, reencuentros, tragedias, sorpresas, contrabando, sangre, *glamour*, malvados, fiestas, cine, lágrimas y sonrisas. Muchas sonrisas.

III



Para Valentina y para mí transcurrieron dos años duros, durísimos. Una temporada que se nos hizo larga por las calamidades que padecimos y por las pésimas condiciones que nos rodeaban. Vivimos en la calle, prácticamente como mendigos, de la caridad de los que se apiadaban de un par de chiquillos andrajosos. Y de la bondad inmensa de la señora Marcela. Una vez por semana yo la visitaba en Hull House. Lloró por mi padre con desconuelo (debido al afecto sincero que le profesaba) y a mí me apreciaba de veras. Guardaba para nosotros lo que buenamente podía. Una semana se trataba de unos simples pedazos de pan duro. En alguna ocasión un par de patatas, otras veces una zanahoria, algo de queso, un poco de leche... Cualquier alimento, hasta el más prescindible, para nosotros suponía una tabla de salvación y lo devorábamos como si del más exquisito manjar se tratase.

Se encariñó de Valentina, como no podía ser de otra manera. Hasta le cedía la ropa que le iba quedando pequeña a su hija menor, que contaba con una edad muy similar a la de mi amiga. Telas baratas y llenas de remiendos, nada que ver con el atuendo que lucía Valentina la noche que la conocí, del cual únicamente conservaba el abrigo de lana —ya corto de mangas y estrecho de hombros—, la bufanda y los guantes. Descoloridos, raídos, rozados, pero útiles durante los meses de gélido invierno. A pesar de nuestras necesidades vitales, Valentina no se deshizo del tesoro que guardaba cerca de su corazón, colgando del cuello.

—¿Por qué no lo vendes y regresas a tu país? —pregunté intrigado uno de los primeros días que compartimos compañía mientras tiritábamos de frío en un banco de la avenida Michigan.

—Porque es lo único que conservo de todos ellos. ¿Sabes? Mi familia eran mis padres y mi abuela. Ahora todos están muertos. Soy la única superviviente. Y ese medallón es la única posesión de los míos. Cuando me aferré a él es como si estuviese abrazando a mi mamá, o a mi abuela o a mi padre... Si me deshago de esta joya por un saco de monedas es como si fulminase mis raíces, mis orígenes. Como si mi familia volviese a morir, aunque esta vez liquidados por la voluntad de su única descendiente. Además, el dinero que me den por el medallón se esfumará en cuestión de semanas, meses tal vez. ¿Merece la pena el trueque de lo único que conservas de los tuyos por el valor efímero en el tiempo de un metal? Las alhajas son frías. El verdadero valor —y calor— de las piedras preciosas reside en la piel que las luce.

Asentí admirado. Yo jamás habría razonado así. Pero tenían tanto de verdad y de sentimientos auténticos esas palabras...

—Pero tú, bueno o tu familia, tendréis más posesiones en tu país, en España, ¿no?

—¡Claro! Una casa enorme con un jardín rebosante de flores aromáticas, con columpios de colores y un estanque con peces. También tenemos un establo con caballos. Y un salón con luminosas cristaleras desde donde tocaba el piano. Mi papá contrató una profesora de música cuando yo cumplí los ocho años. Siempre me explicaba que la música y los conocimientos se absorben mejor en la niñez. «Cuanto más aprendas en los primeros años de tu vida, más sabiduría atesorarás cuando seas adulta», solía decirme. Y también disponemos de otra residencia, una de recreo en la playa. Volveré allí en cuanto ahorre para el billete. John, tenemos que trabajar en algo para conseguir ese dinero. Y tú vendrás conmigo. ¿Quieres? ¿Te gustaría?

—Sí, yo iré contigo a ese país que está detrás del mar. —Cuando Valentina me contaba acerca de su vida en España yo fantaseaba. Era evidente que nuestros estatus sociales distaban tanto como nuestros orígenes.

Tal y como ella lo contaba, una sola de las habitaciones de su casa tenía las dimensiones de mi hogar al completo. Y además en sus residencias disponían de cocinera, mayordomo, jardinero...

profesiones que yo no sabía ni que existían. Mientras mi educación se sustentaba en la buena voluntad de doña Marcela, Valentina era atendida por tutores particulares en varias disciplinas. De hecho, desde meses antes de su partida, había tomado clases de inglés con un maestro nativo procedente de Inglaterra. Desde el inicio, se desenvolvió bien con el idioma e incluso su nivel superaba al mío, a pesar de llevar una larga temporada residiendo en Chicago cuando ella apareció en mi vida.

Pero durante más de dos largos años ninguna labor, actividad o quehacer era apropiado para unos chiquillos desnutridos. Éramos eso, tan sólo unos chavales huérfanos, hijos de la calle, criaturas molestas para los que se cruzaban en nuestro camino y poco provechosos para los que van buscando qué beneficio o interés personal obtener del prójimo.

A pesar de unas terribles condiciones de vida —noches a la intemperie, días enteros sin probar bocado, ropa andrajosa, madrugada bajo cero calando de frío huesos, cuerpo y alma, y sobre todo, dependiendo de la generosidad de terceros— de aquella época retengo en la memoria cientos de recuerdos agradables. Valentina y yo, a pesar de esa suerte que nos esquivaba, fuimos felices. Éramos básicamente dos almas puras y libres en busca de un porvenir mejor.

En cuanto la primavera parecía asomarse, volábamos raudos al gran lago y a sus orillas. Corretear entre la hierba, chapotear con los pies en el agua, contar pájaros tumbados bajo los árboles, descubrir qué silueta escondía cada nube... Pasábamos horas disfrutando de la naturaleza, recreándonos en el reflejo de esas aguas que tanto me fascinaban. A mí me encantaba cortar flores silvestres para Valentina y entregárselas en pequeños ramilletes que ella paseaba orgullosa por los alrededores del Michigan. Aquel entorno bucólico era para nosotros algo así como nuestro propio jardín particular.

Ella gustaba de tomar la flor más reventona para colocarla sobre su oreja; con el colorido intenso de los pétalos adornaba su rostro, ya de por sí, bellissimo. Cualquier matiz dotaba a su tez pálida y a sus ojos negros de una hermosura impresionante. Ya no era tan niña y podía observar cómo muchos hombres, e incluso mujeres, volvían la cabeza a su paso.

A veces robaba chokolatinas para ella. En realidad, el hurto permanente de alimentos formaba parte de nuestra supervivencia. Un

par de manzanas por aquí, dos naranjas por allá, calientes hogazas de pan, en alguna ocasión un frasco de miel, un puñado de fresas... No me sentía cómodo llevando a cabo estos menesteres, pero teníamos que comer. Además, no se me daba nada mal ejecutar el pillaje. Tenía la mano larga, las piernas ágiles y rapidez de reflejos. Era perspicaz y astuto frente a los despistes ajenos, aptitudes que se iban acentuando con la práctica habitual de este arte.

Otra cosa bien diferente —e incómoda— eran los dichosos remordimientos, que luego me asaltaban sin cesar durante un par de días. Pero era bien conocedor de la pasión de Valentina por el cacao, los bombones, las chocolatinas... Pasar un mal rato a cambio de contemplar su carita de felicidad cuando sacaba del bolsillo de mis remendados pantalones el envoltorio de las chucherías, merecía la pena. Con creces.

Ella se recreaba durante largos minutos chupando y saboreando cada chocolatina; luego partía en dos la última porción y alargaba su mano hacía mí para compartir el dulce.

—Valentina, algún día te voy a regalar un castillo gigante de chocolate —gritaba yo correteando alrededor del árbol bajo el que ella se cobijaba del sol, mientras degustaba alguna de aquellas golosinas robadas.

—¡Y yo seré capaz de zamparme el castillo entero hasta con las almenas y el foso!

—¿Nunca te cansas de comer chocolate? ¡Es pegajoso! ¡Se derriete y te deja perdido!

—John, no tienes ni idea. ¡¡¡Es lo mejor del mundo!!! Por cierto, además de construir castillos comestibles ¿tú qué quieres ser cuando crezcas? ¿A qué te vas a dedicar? Nunca me lo has contado...

—A cazar a los malos, sin tregua. No pararé hasta que no quede ni un malhechor libre en todo el planeta.

Otras veces pasábamos las horas mirando lujosos escaparates en los bulevares, fantaseando sobre cómo disfrutaríamos de todo aquello que se mostraba tras los cristales cuando fuésemos adultos. Ella siempre se detenía con ojitos muy brillantes frente a los expositores de pasteles. Sin duda, el dulce suponía uno de sus más anhelados caprichos.

Valentina también acompañaba en muchas ocasiones a doña Marcela y a sus hijas a San Francisco de Asís. Las mujeres, los jóvenes

y los niños de Hull House acudían a menudo a rezar a aquella iglesia católica. Situada a unas cuadras de la colonia, fue erigida en los inicios para cobijar a los inmigrantes italianos; pero más adelante atendió también las necesidades religiosas y espirituales de los mexicanos. Yo evitaba las monsergas divinas, los curas y rezos, pero a mi amiga recogerse entre cantos, santos, vírgenes e incienso parecía otorgarle fuerzas renovadas. No hablaba mucho de ello, pero yo intuía que elevaba continuas oraciones por los suyos.

—¿Sabes? —me confesaba en noches de insomnio— no ver los cadáveres de tus padres conlleva padecer una inquietud permanente. La incertidumbre del no saber duele más que una certeza demoledora. ¿Pudieron haberse salvado? ¿Los recogió otro barco? Si sobrevivieron ¿viajaron a Chicago como era su intención? ¿Regresaron a España? ¿Me están buscando? Y si siguen vivos, John, ¿cómo dar yo con ellos? ¿O cómo darán ellos conmigo?

—Créeme si te digo que sujetar entre tus brazos el cadáver ensangrentado de tu padre cosido a navajazos es más terrible que no llegar a contemplarlo.

Yo advertía que cuando caminábamos sin rumbo fijo a lo largo de las avenidas más señoriales de Chicago, se le iban los ojos detrás de cualquier matrimonio de edad similar a la de sus padres. Cada vez que se acercaba alguna pareja que cumplía los parámetros, ella fijaba la vista con la esperanza de toparse alguna vez de frente con el milagro. Algo que obviamente nunca llegó a ocurrir.

Pero de entre todos los pasatiempos de aquel par de años pateando calles, el favorito de Valentina consistía en sentarse frente a los más reputados clubes nocturnos. Disfrutaba de veras observando el ir y venir de los flamantes coches que aparcaban cerca de las concurridas puertas, iluminadas por potentes focos y llamativos toldos, mientras de ellos se apeaban señores luciendo trajes impecables que cedían su brazo a mujeres divinas.

A Valentina sus ojazos azabache le hacían chiribitas siguiendo el vaivén de las boas de plumas que adornaban sus cuellos, de los tocados de fantasía que coloreaban sus cabezas, de las vaporosas faldas que dejaban al descubierto rodillas adornadas por medias de seda, del movimiento travieso de flecos y tejidos argénteos, y de las lentejuelas deslumbrantes bajo los destellos de luz. También se asombraba con las larguísimas boquillas de marfil con las cuales las distinguidas damas aspiraban el humo de los cigarrillos, con el

taconeo de zapatos de charol hechos a medida o con la suavidad del raso de guantes interminables cubriendo delgadas muñecas...

—¿Sabes, John? En cuanto crezca yo me acicalaré con unos vestidos tan bonitos como esos —me decía, señalando con la cabeza a las emperifolladas señoras que se adentraban en los locales nocturnos—. ¡¡¡Tendré miles!!! De todos los colores, modelos, hechuras y tejidos... —gritaba dando vueltas sobre sí misma como si estuviese danzando en la pista de baile. Hasta con su ropa, vieja y prestada, Valentina desprendía clase y gracia. Había crecido y su silueta iba adquiriendo formas femeninas, pero sin desprenderse de una esbeltez innata.

—Claro que sí, Valentina. E incluso tus vestidos, tus complementos o tu calzado serán más elegantes. Y cualquier cosa que te pongas la lucirás mejor, porque tú eres mucho más guapa que todas esas mujeres.

Ella no respondía nada cuando yo afirmaba tales cosas, pero una tímida sonrisa y una caída de ojos con las mejillas sonrosadas suponía para mí la mejor de las respuestas.

¡Y vaya si llegó a convertirse en la dama más espléndida, deseada y admirada del Chicago de la agitada década de los veinte! Y hasta del Hollywood naciente. Pero aquello todavía quedaba lejano. Aunque no tanto...

IV



Algunos meses después de cumplir yo los quince, adquirí ¡por fin! una cierta corpulencia física —que iba en aumento—, pudiendo incluso presumir de unas extremidades muy desarrolladas y de una pronunciada nuez —tal y como me indicó el capataz al que visité recién asesinado mi padre—. Así es como un día cualquiera volví a presentarme por allí para solicitar el empleo prometido.

—Claro que te recuerdo John Juárez, al igual que me acuerdo de tu difunto padre que en paz descansa. Has dejado de ser un chiquillo desgarbado. Estás en pleno desarrollo y todo apunta a que te convertirás en un buen mozo. El trabajo es tuyo. Y si no tienes techo puedes quedarte en uno de los vagones desalojados. No es gran cosa, pero es un techo. Y no te mojas cuando llueve. —El que hablaba era el mismo capataz que treinta meses antes me había entregado unas pocas monedas y una cantimplora con agua.

¡Al fin ganaría un jornal! ¡Y Valentina y yo contaríamos con un sustento semanal! Apenas unas pocas monedas, sí, pero cualquier cantidad irrisoria era mejor que la caridad. ¡Y podríamos dormir entre cuatro paredes! Tras más de quince años de penurias y una suerte esquiva, parecía que el camino, nuestro camino, se iba encauzando.

En aquella época en Chicago había campamentos de vagones de ferrocarril. Las empresas ferrocarrileras los cedían a los empleados con menos recursos: les convenía tener cerca peones

disponibles y los viejos vagones ya no suponían negocio alguno para ellos. Además, este tipo de campamentos permitían que los hombres caminasen hasta sus puestos de trabajo.

Los ganapanes no pagaban renta y por lo general cada familia ocupaba un vagón. Los allí alojados podían hacer arreglos y adaptar sus vagones. Había campamentos donde sólo se alojaban familias, otros donde se alternaban braceros solitarios con familias —en uno de éstos recaímos Valentina y yo— y algunos otros donde residían hombres solos de diversas nacionalidades.

También constituían una ventaja para los inmigrantes recién llegados que no hablaban inglés, asunto que les dificultaba moverse por la ciudad. Aunque aquello para mí ya no era un problema: tras casi cuatro años residiendo en Chicago, al fin dominaba el idioma. Al igual que Valentina, que aprendió la lengua en mucho menos tiempo que yo, debido a los conocimientos que adquirió en España durante sus clases particulares con el tutor nativo. Y porque era una chica muy avispada e instruida.

Los campamentos en los vagones de ferrocarril eran la forma de vida más precaria; en realidad, la peor forma de vivienda que había en la ciudad después de los habitáculos insalubres de Hull House. Los carros eran imposibles de calentar en los crudos inviernos de Chicago; por el contrario, en verano se convertían en hornos. Hasta las escaleras de acceso eran incómodas y peligrosas, menudos trompazos se pegaban los mozos del campamento en los dichosos escalones.

Pero... ¡qué chingada! Aunque fuese una mierda de vivienda era nuestra vivienda. La única que yo había tenido desde el cuarto de la colonia compartido con mi padre y la primera para Valentina desde que pisó Chicago. Con espacio suficiente para colocar un par de camastros al fondo, una mesa con sillas, un rincón para habilitar un hornillo con el que calentar la comida, y quizá, con el paso de los meses alguna estantería o armario para guardar nuestras pertenencias, si es que llegábamos a atesorar alguna.

Con el transcurrir de las semanas Valentina fue capaz de dotar a ese frío espacio —metálico, viejo, sucio, desgastado— de ciertos detalles que lo convirtieron en un hogar. Algunos recipientes de hojalata siempre rebosantes de flores silvestres recién cortadas y distribuidas por rincones acertados, un par de trapos viejos colocados con arte en las ventanas a modo de cortina que además

mitigaban el sol en las horas clave, un colorido tapete tejido por ella con la ayuda de doña Marcela cubriendo la mesa...

Aquella chiquilla castigada por un pasado cruel se convirtió en la luz del campamento de los vagones. El mejor momento del día era cuando de vuelta a casa la visualizaba desde lejos, mientras ella aguardaba mi regreso en los escalones de nuestro vagón, sentada de modo despreocupado pero grácil. Con sus larguísimas y esbeltas piernas estiradas sobre la arena, tras las cuales se me iban los ojos...

Para estar ocupada a lo largo de mis interminables jornadas de faena, tomó por costumbre acercarse a Hull House y acompañar a doña Marcela durante sus enseñanzas. Pronto ambas se dieron cuenta de que Valentina contaba con más conocimientos y cultura que la propia maestra. De manera que también echaba una mano con la lectura y la escritura de los alumnos. Incluso se atrevió a enseñar nociones básicas de español a otros europeos de la colonia: italianos, polacos, griegos, rusos... Su belleza, simpatía, educación y su buena predisposición para colaborar en cualquier tarea en la que pudiera resultar útil, conquistaron a casi todos.

Especialmente a ese cura al cargo de San Francisco de Asís. El padre Mario era un religioso típico y tónico. Mexicano como yo, aunque a diferencia de mi anatomía –piel clara y cuerpo musculado– él contaba con los rasgos que los americanos denominaban como indios. Rechoncho, bajito, con una barriga prominente, tez oscura, pelo negro, manos regordetas, cejas tupidas y picudas, y sonrisa perenne. Servicial, buena gente, tranquilo y pachorro. Valentina me decía que le recordaba a un tal Sancho Panza, protagonista de no sé qué cuento español que su papá le leía cuando era una bebida.

Tras comprobar el padre Mario la buena voluntad de doña Marcela y de su joven pupila en el empeño de educar –sin apenas más recursos que su ilusión y perseverancia– a los inmigrantes más jóvenes de la colonia, cedió gustoso las instalaciones de la iglesia para tal fin. E incluso colaboró con ellas. Mientras las damas se esforzaban en que los niños se desenvolvesen con las letras y los números, el cura daba catequesis y explicaba los evangelios y la doctrina cristiana a los chavales.

Tras holgazanear en la calle durante dos largos años, yo pasé a trabajar muchas horas al día, mientras Valentina regalaba su

tiempo y conocimientos a los niños de Hull House. Por las noches yo caía rendido —el trabajo en el ferrocarril era demoledor, requería un esfuerzo físico considerable— mientras ella me relataba entusiasmada los avances de cada uno de sus alumnos.

El pillaje de alimentos pasó a mejor vida, aunque como para golosinas y dulces el jornal no llegaba, de vez en cuando, seguía sustrayendo alguna chocolatina para ella. Me reñía por el acto en sí, aunque bien que saboreaba los frutos de mis trastadas...

—John, ya sabes que robar, aunque sea una simple onza de chocolate, no está bien —me censuraba con el ceño fruncido a la par que disfrutaba ¡y de qué manera! con el resultado de mi travesura. Suficiente. Una sonrisa franca de Valentina era la mejor recompensa posible.

Nada cambió entre nosotros con respecto a nuestra etapa de mera supervivencia por las calles de Chicago, pero aquella mínima mejora en las condiciones de vida consiguió algo casi imposible: que Valentina y yo fuésemos aún más dichosos. Si es que eso era posible... Porque ahora contábamos con un espacio propio que nos resguardaba de la climatología adversa, cada día teníamos una comida caliente que llevarnos a la boca además de algún que otro tentempié adicional, y aquel vagón se había convertido en un hogar repleto de esperanzas...

La perspectiva del paso del tiempo te hace saborear detalles, sensaciones, sentimientos y muchas cosas que no eres capaz de apreciar con toda la plenitud que merecen mientras están aconteciendo. Momentos a los que te aferrarías si supieses el futuro incierto que te espera. O la imposibilidad de repetirlos a causa de una vorágine de avatares que te va arrastrando a otras etapas vitales sin remedio ni solución ni vuelta atrás. La vida misma.

Ella lo desconocía, pero de cada jornal semanal yo guardaba una o dos monedas. ¿El motivo? Quería darle una sorpresa. Y en cuanto hube reunido la suficiente plata se la di. Se trataba de unas prendas nuevas.

Una falda azul marino —larga y ceñida para que marcara las formas de su espléndida silueta— y un jersey de lana, azul celeste, con el cuello de pico adornado por un ribete de idéntico tono al marino de la falda. Seleccioné esos colores en homenaje al océano inmenso que había acercado hasta mi orilla el regalo más preciado de mi corta existencia: ella.

Nada que ver con las sofisticadas prendas que lucían las damas que acudían cada noche a los clubes más selectos de Chicago —ni siquiera con el impecable abrigo y el vestido que ella llevaba puestos cuando la conocí— pero sin duda, se trataba de una ropa mucho más bonita que la cedida —con todo el cariño— por nuestra entrañable doña Marcela.

—¡John, esto... esto es... es maravilloso! ¡Ay! —tartamudeaba Valentina de la emoción primero, para proseguir con su agradecimiento transcurridos unos segundos—. Pero este modelo debe haber costado una fortuna. ¡Nuestra comida de unas cuantas semanas! ¿Nos lo podemos permitir?

—Claro que sí, Valentina.

—¿Pero de dónde sacaste el dinero?

—Eso da igual...

—¿No lo habrás robado? —preguntó alarmada y con una súbita expresión de sobresalto asomando en su perfecto rostro.

—Simplemente guardé una o dos monedas durante un par de meses para verte así, radiante, como mereces. ¿No hemos padecido ya suficientes desgracias y sinsabores? Apenas si todavía somos unos adolescentes y atesoramos más lágrimas que buenaventuras. ¿No es hora de alguna alegría en nuestra vida?

—Por supuesto, John, pero tú también te lo mereces. De hecho, lo mereces más que yo. Faenas de sol a sol hasta terminar reventado cada día, y la recompensa o el capricho, cualquiera que sea, debería ser para ti. Yo lo disfrutaría igual o más.

—Mi mejor recompensa eres tú.

—¡Qué bueno eres conmigo! De no haber sido mi compañero de camino desde que llegué a Chicago, posiblemente estaría muerta. O algo peor. ¡Ay! Mi querido John...

Y tras estas palabras, de repente, de modo espontáneo y con un entusiasmo manifiesto, Valentina tomó dulcemente mis mejillas entre sus manos y me dio un sonoro beso en el moflete izquierdo, seguido de un sentido e interminable abrazo.

Entonces mi cuerpo se revolucionó de una manera completamente novedosa para mí. Algo se revolvió en el interior y un cosquilleo —casi un latigazo— sacudió mis entrañas, colmando de un calor desconocido cada poro de mi piel. Me hallé, entonces, sonrojado por fuera y ardiendo de fuego por dentro. Flotando en turbulentas nubes coloreadas de rojo pasión.

Transcurriría todo un año al completo para volver a besarnos. Y se iba a tratar –ni más ni menos– que del primer beso de amor –y el último– entre ambos.

V



Disfrutamos de un año capitaneado por la calma. El más sosegado que recuerdo de mi, hasta entonces, azarosa existencia. Bendita rutina y seguridad, tras tanto tumulto e incertidumbre. Quehaceres diarios, paseos al atardecer, actividades al aire libre cuando la meteorología lo permitía, picnics en la orilla del lago y una permanente –y muy agradable– mutua compañía.

Valentina continuaba añadiendo toques femeninos al vagón –que si una pequeña alfombra en el suelo, una coqueta lamparita para alumbrar nuestras noches, más flores que proporcionaban un aspecto multicolor al aburrido compartimiento metálico...– y colaboraba varias veces por semana con la educación de los niños de Hull House, junto a la buena de Marcela y al padre Mario, con el que había hecho muy buenas migas.

—Cuida a esta pequeña dama, es una joya –me repetía convencido el cura siempre que coincidía con él.

Nuestra relación era perfecta. Puro equilibrio, plena compenetración, armoniosa complicidad, apoyo, comprensión, animadas caminatas, largas conversaciones sobre todo lo habido y por haber... Bueno, sobre casi todo. Acerca de su desgracia familiar apenas articulaba palabra alguna y yo determiné no forzar el tema. Tampoco a mí me gustaba rememorar el brutal asesinato de mi querido padre, por lo que comprendía sus silencios y sus ataques de melancolía. Un día cualquiera le propuse un trato.

—Valentina, ahora que estamos relativamente asentados, que se perfila ante nosotros un porvenir austero pero al menos estable, que vivimos bajo un techo ¿qué te parece si ahorramos una cuarta parte del jornal semanal para los billetes de regreso a tu país? He calculado que, salvo imprevistos, en un año y medio, quizá algo más, podríamos disponer del montante suficiente para comprar dos billetes de barco para España.

—¿Estás seguro de querer reservar para mi disfrute lo que tú ganas con tu esfuerzo, de dejar atrás este porvenir estable del que me hablas, de abandonarlo todo para comenzar desde cero de nuevo, embarcándote en un viaje hacia otro mundo ajeno a ti? —A pesar de ser tan sólo una adolescente, Valentina razonaba como una mujer adulta. Desprendía una serenidad contagiosa.

—Mi pequeño mundo estará siempre al lado del tuyo.

—¿Pero estás seguro, John?

—Completamente.

—¿Nunca te arrepentirás de embarcarte hacia lo desconocido, sin vuelta atrás?

—Ya lo hice una vez siendo un niño ignorante e indefenso y sobreviví. Además, siempre he querido cruzar el mar. En las vías del ferrocarril, e incluso en Hull House, escucho a menudo a los braceros griegos, irlandeses, italianos, suecos, alemanes, platicar maravillas sobre Europa. ¿Por qué no habría de gustarme a mí?

—Así sea, pues. Si realmente estás convencido de ello, me hará muy feliz regresar a España, y seré más dichosa aún si cuento con tu compañía. Ahora tú eres mi familia y ya no sabría vivir sin ti.

A pesar de nuestros míseros ingresos, muy de vez en cuando nos dábamos el capricho de sentarnos en alguna de las terrazas de las avenidas más céntricas y concurridas de Chicago a compartir un único café. Ya entonces, resultaba evidente que la hermosura de Valentina no pasaba desapercibida. Cuando llegaba a cualquier sitio se convertía en el centro de atención y todas las miradas reparaban en su presencia. Aunque ella no parecía darse cuenta.

Era una joven modesta, generosa, tranquila y callada. Pese a la trágica pérdida de su familia y de los dos años que vagamos por las calles —tras haber disfrutado de una infancia de lujo y oropeles—, parecía haberse resignado a un destino calamitoso sin apenas resentimiento. Yo era bien conocedor de que la nostalgia invadía sus noches de insomnio, pero jamás se quejaba, evitando cualquier

resquemor o poso de pesimismo. Se centraba en vivir un presente digno y en disfrutar con los insignificantes placeres que un día a día humilde puede proporcionar.

Admiraba esa férrea determinación suya por no ceder ante la amargura, su voluntad por inclinar la balanza hacia la jovialidad. ¡Y qué decir del prodigioso físico de Valentina! Me hipnotizaba cada recoveco de su silueta, aunque yo sentía predilección por algunos aspectos muy particulares de su agraciada anatomía: su cutis immaculado, níveo, su característica forma de moverse, elegante, etérea, ingrávida, como deslizándose sobre el suelo sin apenas rozarlo, sus esbeltísimas piernas y su larga melena, compuesta de docenas de perfectos rizos azabache. También me perdía en la enigmática expresión de su profunda mirada. Sus ojos eran tan negros como la noche cerrada, pero en ellos se intuía el sol. Al enfrentarme a las pupilas de Valentina yo siempre encontraba la luz.

Se acercaba el verano y tras largas semanas sin un solo día de descanso, el capataz me había premiado con dos días libres. Valentina y yo íbamos a tomar un tren al día siguiente para visitar la cercana ciudad de San Luis.

Aquello suponía un hito: era la primera vez que salíamos de Chicago, la primera vez que íbamos a montar en un medio de locomoción desde que ambos llegamos a la Ciudad del Viento, la primera vez que hacíamos una excursión juntos, la primera vez que nos decidimos a llevar a cabo un gasto extra en nuestra exigua economía, excepto cuando regalé a Valentina el conjunto de lana que siempre lucía cuando paseábamos juntos. Como aquella noche que habíamos decidido acercarnos hasta el gran lago para disfrutar de una mágica velada de luna llena.

Aunque el día fue caluroso y seco, al atardecer refrescó. Una brisa limpia acariciaba nuestros rostros mientras caminábamos hacia la orilla. Nos sentamos en uno de nuestros escondrijos preferidos para contemplar los infinitos destellos que sobre las aguas del lago Michigan provocaba la inmensa bola de plata.

—¿Tú crees que la luna se ve igual en todas partes? —me preguntaba Valentina con la mirada perdida mientras jugueteaba con uno de sus rizos entre los dedos.

—No lo sé, pero recuerdo que en México la veía muy parecida, si no igual.

—Yo apenas me acuerdo de la luna española...

—No te preocupes, algún día no muy lejano la contemplaremos desde tu país y comprobaremos si es idéntica a nuestra luna de Chicago.

—John, tengo un obsequio para ti. No es gran cosa, pero quiero regalarte algo a cambio de todo: por esta falda tan bonita, por el vagón del campamento, por el billete del tren de mañana, por el ahorro semanal para que algún día podamos cruzar el Atlántico...

—Pero si tú ya me lo regalas todo con tu compañía... —Valentina me interrumpió poniendo su índice sobre mis labios al siseo susurrante de «¡Chssss!».

—Se lo he pedido al padre Mario para ti, y él, que es un cielo, me lo ha concedido sin rechistar. «Como voy a negar algo al ángel que se preocupa por los chiquillos sin civilizar de esta colonia de una manera tan desinteresada. Toma, tuyo es», me respondió jovial. Se trata de uno de los paños de hilo fino que utiliza en la eucaristía para tapar el cáliz. Lo he bordado para ti como pañuelo con tu inicial «J», la mía «V» y debajo también bordé la silueta de mi medallón, que es nuestro talismán.

Valentina sacó el pañuelo de hilo del bolsillo, perfectamente bordado y planchado, de un tejido tan blanco, pulcro y puro como su piel. Creí llorar de satisfacción. Nunca nadie me había hecho un regalo. Jamás antes habían tejido pensando en mí.

—¡Oh, Valentina! ¡Mi Valentina! Esto es magnífico, esto es... ¿Sabes? Después de todo, la vida es hermosa... —no pude decir más. Las palabras no me salían y la emoción me embargaba de un modo pleno, intenso, profundo.

Y entonces, sin saber cómo, ni por qué, sin premeditación, por dictado del corazón, o del alma, o de qué se yo (porque ni siquiera sabía lo que estaba haciendo ni cómo se hacía), sujetando fuertemente el pañuelo entre mis manos, acerqué mis labios a los suyos y la besé. Nos besamos. A la orilla del Michigan, con la brillante esfera plateada sobre nuestras cabezas y las miles de luces y candelas que alumbraban la ciudad iluminando nuestras espaldas.

Puedo afirmar con rotundidad que fue uno de los momentos más felices de mi vida. Mi primer beso de amor a la edad de dieciséis años. Todas las personas deberían dar ese primer beso a alguien que les remueva las entrañas. No al primero que se cruza en el camino. Compartir la experiencia de un primer beso con el verdadero amor no tiene parangón. Ni siquiera las palabras más elaboradas son

capaces de abordar la extensión de una sensación semejante en todo su esplendor. En algún momento hasta perdí la conciencia al sentir la suavidad de los carnosos labios de Valentina sobre los míos.

Sí recuerdo que nos seguimos besando bajo las estrellas durante un buen rato y que regresamos al vagón, cogidos de la mano, con Valentina recostando su cabeza sobre mi hombro. A veces tenía la sensación de que proteger a tan extraordinaria criatura era mi verdadero destino.

Pero apenas recuerdo nada más, porque la intensidad de mis sentimientos fue mucho mayor que la grandiosidad de la escenografía o que cualquier otro detalle adicional. Guardo a fuego en mi memoria la textura aterciopelada de la piel de Valentina.

*

Madrugamos para llegar holgados de tiempo a la Grand Central Station y no perder el tren. En realidad nos adelantamos en casi sesenta minutos al horario previsto para la partida, pero aprovechamos para entretenernos con el espectáculo que supone el vaivén matutino de la estación central de Chicago.

—¡John, John, despierta, vamos, perezoso, hoy es un día especial y quiero llegar temprano a la guarida de los trenes! ¡Tenemos que disfrutar de cada detalle! Es la primera vez que vamos a salir de Chicago, aunque sea por unas horas. Ya apenas recuerdo lo fugaces que se alejan las campiñas y los montes a través de las ventanillas. ¡Y estoy deseando escuchar el sonido de la locomotora en marcha! —Con este entusiasmo contagioso me había despertado Valentina casi al alba.

Yo, aún embriagado por el sabor de sus besos, nada podía negarla. Me hallaba ensimismado por la divina señorita que acompañaba mis días y mis noches, una preciosidad inconmensurable que yo redescubrí desde otra perspectiva tras la velada de luna llena junto al Michigan: desde la óptica del amor carnal y la pasión.

Damas de alta alcurnia luciendo vestimentas que impresionaban las pupilas y portadores que las seguían cargando con sus baúles y maletas; jóvenes esbeltas sujetando en cada mano las finas correas de cuero de sus canes de pedigri.

—John, cuando vivamos en España me gustaría tener un perrito. Pero uno que sea robusto y bien rollizo. Para cuidarlo, achucharlo y jugarle con él.

—¡Claro! Podrás tener todos los bichos que quepan en nuestra casa. Aunque eso dependerá del tamaño de la vivienda. ¡Espero que sea algo mayor que el vagón del campamento!

—Eso no será muy difícil —bromeaba Valentina, cuyos ojos se perdían detrás de cada detalle del grandioso decorado.

Elegantes matrimonios que se dirigían agarrados del brazo a los vagones de primera clase; personal de las compañías ferroviarias impecablemente uniformados atendiendo solícitos cualquier necesidad de los viajeros; repartidores de periódicos, limpiabotas o vendedores de chucherías que ofrecían sin descanso sus servicios a los potenciales clientes; limpiadores que pasaban incansablemente sus escobas y tupidos paños por las baldosas; el movimiento acompañado de las agujas del gran reloj que presidía la estación... Una exhibición animada e incesante que en modo alguno hacía presagiar el tormento que en breves segundos se abatiría sobre nuestras cabezas.

—Sucedió en décimas de segundo. Valentina, de pie, recolocaba uno de los pliegues de su falda azul marino; yo, sentado en un banco situado a apenas metro y medio de distancia, seguía con atención el movimiento de sus delgados dedos que se deslizaban hacia arriba y hacia abajo, alisando la tela a la perfección. Abstraído estaba recreándome en su hermosura —una vez más—, cuando un ruido estridente, agudo, ensordecedor, lo invadió todo, mientras yo sentía vibrar el suelo, las paredes y el techo de la estación. Jamás había escuchado un sonido tan cruel y espantoso, pero aún peores resultaron las consecuencias de semejante estruendo y de todo lo que sucedió a continuación, en apenas instantes.

Una enorme bola de fuego —que mis ojos percibieron de refilón—, trozos de metal y cristales disparados hacia todas las direcciones, sensación de ahogo, gritos, llantos, aullidos espeluznantes —casi inhumanos—, un olor peculiar, desagradable pero familiar, ¿quizá carne quemada?, humo negro, mucho humo, demasiado, que impedía la visión y obligaba a respirar con dificultad...

Un zumbido lejano.

Un pensamiento recurrente golpeando mis sienas, ¡Valentina!, ¡Valentina!, ¡Val...!

Y de repente la oscuridad.

La nada.